

moral que es divino también. Nuestra razón va comprendiendo poco á poco el mundo natural inteligible, y nuestra conciencia poco á poco elevándose al mundo moral; y en la cima de uno y otro mundo se encuentra Dios como en la cima de nuestro ser se encuentra el ideal en cuya virtud entrevemos á Dios. Y no hay posibilidad de arrancarnos esta creencia divina, porque mediante ella la inmensidad del cielo se encierra y se contiene en la pequeñez de nuestro corazón. Amar es la necesidad del sentimiento, creer es la necesidad de la inteligencia. Si le dais á creer verdades puras, las recogerá y se iluminará con ellas; si le dais á creer ideas impuras se envenenará y se degradará con esas ideas; pero dejar de creer es tan imposible á la inteligencia como es imposible dejar de amar al corazón humano. Vemos estrellas que han desaparecido del espacio, y vemos ideales que han muerto en el tiempo; mas, así como el espacio tendrá siempre sus soles, tendrá siempre sus ideales la conciencia. No hay mas que purificarlos.

Es indudable que existe necesariamente la idea religiosa; pero también es indudable que esta idea vive en el tiempo y se desarrolla en la historia. Dios existe de toda eternidad; pero la idea de Dios se purifica y se agranda con la purificación y el engrandecimiento de la conciencia humana. Yo sé muy bien que, en nombre de lo sobrenatural, se han evocado fantasmas, apariciones, sombras que han oscurecido el pensamiento humano, como la noche oscurece el horizonte azul; pero sé también que esos fantasmas se han desvanecido, mientras la idea de Dios ha quedado como característica de nuestra inteligencia, tan grande en sus facultades, que es capaz, si no de comprender, de adivinar otra inteligencia, superior á ella misma. El gran filósofo antiguo decía, que si su alma fuese un ruiseñor, cantaría como el ruiseñor sus amores á la sombra de las ramas y sobre las lanas de su nido; pero siendo alma humana, está en su naturaleza el cantar y el alabar á Dios. Y así como está en la naturaleza humana, por lo que tiene de divina, la idea de Dios, está en la naturaleza humana, por lo que tiene de contingente, el que la idea de Dios se desarrolle en el tiempo. Como hay una filosofía de las religiones, hay una historia de las religiones también. Y esta historia nos enseña que así como peca contra Dios quien quiere someterlo á ser una pálida imagen del hombre, peca contra el hombre quien quiere arrancarlo á las leyes naturales del tiempo

y del espacio. Lo absoluto es en sí, pero el concepto de lo absoluto está en nosotros. Y si lo absoluto no tiene ni puede tener principio ni fin, el concepto de lo absoluto es mudable y contingente como todo lo humano. Y bien puede decirse que la historia de las religiones ha sido como una especie de misterio hasta los días de nuestro siglo. Inquieto, batallador, revolucionario el siglo último, pudo creer en su afán de romper las cadenas que nos abrumaban y de tomar las Bastillas que nos oprimían, todas las religiones una superstición, todos los dogmas un engaño, todos los sacerdotes unos embaucadores, desconociendo así los consuelos que los ideales religiosos han traído á nuestras penas y falseando completamente su historia. Quizá esa grande injusticia, quizá esa espesísima ceguera fueron necesarias para extinguir las llamas de la inquisición; para derrocar el tormento que había descoyuntado los huesos y extinguido las voces de los grandes reveladores de la ciencia; para ahuyentar las teocracias que se interponían audaces entre la idea de Dios y el espejo natural que esa idea tiene en nuestra conciencia; para destruir las soberbias satánicas pagadas de ser como personas divinas sobre nuestra tierra estéril; mas hoy que estamos en una época de libertad; hoy que las cenizas se han esparcido á los cuatro vientos de la revolución; hoy que la intolerancia se ha desarraigado así de las costumbres como de los códigos; hoy, que ha sonado la hora de la justicia para todos porque ha sonado la hora de la libertad, debemos reconocer y confesar que si en la historia de las religiones aparecen muchos fantásticos espejismos, muchos deplorables errores, también aparecen muchas consoladoras verdades que han fortalecido y que han agrandado nuestra alma. Sobre todo, cuando se piensa en la larga calle de amargura que ha recorrido el género humano; en los campos de batalla por donde ha dejado océanos de sangre; en las cordilleras de cadalsos que tienden sus sombras de muerte sobre tantas generaciones; en las amarguras acerbadas de todos los días y en las penas que acompañan al miserable trabajo de la existencia: recréase el espíritu abatido en contemplar esas islas de luz que se llaman templos, donde tanto dolor ha tenido á lo menos el consuelo de una esperanza en otra vida mejor y el lenitivo de una fe en un ser de naturaleza superior á nuestra deleznable naturaleza. Así, nosotros entramos con religioso respeto en aquellos templos índicos donde surgieron de las espumas del Ganges y de las reverbe-

raciones del Himalaya los primeros dioses de nuestra raza; asistimos pasmados á los combates que se entablan en los pueblos guerreros de Persia entre los dioses enemigos engendrados por la teogonía de la lucha del bien con el mal; comprendemos la luz que trajo el sabeismo, la religion de los caldeos, al espíritu humano embebido en los astros, cuando, para conocerlos, empezó por adorarlos: admiramos aquella religion de la muerte que ha levantado las Pirámides en el desierto y que ha hecho de las sepulturas infectas los templos luminosos de la inmortalidad; nos explicamos cómo todos los reformadores han educado á los pueblos, sacándolos del seno de una idea inferior, en el cual estaban como dormidos é inertes: asistimos con los judíos á la adoracion del Dios único y con los griegos á la adoracion del hombre emancipado y con los alejandrinos á la adoracion del Verbo en cuyo seno la idea de Dios y la idea del hombre se identifican; y nos confundimos en toda la historia con todos cuantos esfuerzos generosos ha hecho el género humano para salir de lo que podíamos llamar su naturaleza animal, su esclavitud bajo las fatalidades de la materia, para elevarse á una idealidad divina, en la cual no caben ni el error, ni el mal, ni la muerte. Así no hay tiempo para ejercer la imparcialidad histórica como este nuestro tiempo.

Cuanto mas subimos con la idea al origen de las creencias religiosas, mas clara encontramos una edad en la cual hallábase el hombre confundido con la naturaleza como el feto se halla confundido con las entrañas de la madre. Todas las religiones y todas las teogonías han llamado á esta la edad feliz del género humano, como todos los hombres llaman edad feliz de su vida á la inocencia y á la infancia. Penetrando luego en otros tiempos, desarrollando otras facultades, el hombre se apartó de la naturaleza, se comprendió á sí mismo como espíritu, en el espíritu encontró la libertad, y en la libertad capacidades y aptitudes para el bien y el mal. ¡Qué pena tan grande perder el primer calor de su madre la tierra; faltarle aquella primera nutricion que recogía del suelo como la planta en las vírgenes selvas; desposeerse de aquella ignorancia que le ocultaba con una parte de sus trabajos otra parte de sus penas; verse obligado al combate continuo é incierto sobre la suerte que le estaba reservada aquende y allende el sepulcro en las horribles sirtes de la vida! Naturalmente el hombre, herido por el espanto á las puertas del paraíso

donde se encerraba su inocencia perdida, debió sentir angustias que bañaron en sudor su rostro y que le hicieron presentir todas las tristezas y todas las amarguras de su lento desarrollo en la tierra. Así, la primera religion, nacida de su culpa, fué mas que un culto, mas que un dogma y mas que una teogonía, la creencia en ciertas virtudes sobrenaturales de la materia y en ciertos influjos misteriosos que hacian de la naturaleza algo fantástico y que se encerraban en el nombre bien expresivo de Mágia. Cuando se registra la religion de los mogoles y demás pueblos que han sido como la levadura del género humano en las mesetas centrales del Asia, encuéntrase el encantador que cree dominar con sus sortilegios las cosas materiales; el hechicero, que cree descubrir afinidades misteriosas entre los órganos del cuerpo y los astros del cielo; el mago, que guarda sus fórmulas cabalísticas, con las cuales saca los zumos de la vida universal para alimentar á los creyentes; y sobre los altares, el ídolo, el fetiche, adorado, no como una representacion visible de lo invisible, sino como un Dios en sí, dotado de todos los poderes y de todas las virtudes de la mágia, de esta especie de fantaseamiento de la Naturaleza. Pero, así como dicen los físicos que el calor es una fuerza proveniente del movimiento, deben decir los historiadores, en vista de las experiencias recogidas en las enseñanzas históricas, que el desarrollo de una idea contribuye con gran poder á su esclarecimiento, y que, al moverse por su propia dialéctica, despide la idea luz y calor, realizándose de esta suerte en la conciencia análogos fenómenos á los realizados en el espacio por el movimiento universal. Así, hay tanta diferencia entre la religion material de la Naturaleza en los pueblos primitivos y la religion mágica en que parece espiritualizarse la Naturaleza misma, como entre esta religion y la del pueblo chino, por ejemplo, que tiene ya cierto carácter espiritual puro y cierta elevacion para la conciencia como si fuera albor de una nueva vida y crepúsculo de nuevos cielos. Así, continúa moviéndose la religion asiática, y aunque allí el panteísmo queda como base capital é inmóvil de todas las creencias, toma varios aspectos en los diversos pueblos. Los arios, los indios, los verdaderos progenitores del politeísmo helénico, crearán una religion que, sin dejar de ser panteísta, tenga allá en su cima la trinidad misteriosa y en su base las legiones de divinidades que mueven desde el aerolito en su carrera hasta la flor en su tallo. Luego de esta religion, hija

de la fantasía, se desprenderá en la extrema Asia otra religion derivada de una facultad superior del espíritu, y que comprendiendo mejor el destino de las religiones en la vida humana, tenderá necesariamente á sobreponer la moral pura al dogma, y el sér en sí á los séres innumerables del politeismo. Y luego, sintiéndose el hombre mas fuerte, aceptará la religion del combate, la religion de la guerra, que resulta ya como un principio y comienzo de la religion austera de la libertad. Y el problema del mal, que será como un enigma para los jeroglíficos escritos en los sepulcros faraónicos, que será el tormento del Job semita en su estercolero, llegará á crear las religiones dualistas, en las cuales el demonio podrá levantarse á la misma altura de Dios. Pero vendrán, al término de todo este movimiento de la idea y al comienzo de las nuevas fases del espíritu humano, cuatro pueblos, los cuales traerán la idea de la unidad de Dios, como el pueblo bíblico; la idea del hombre libre, como el pueblo griego; la idea de la humanidad, como el pueblo romano; la idea del Verbo de Dios, como el pueblo alejandrino; y estas cuatro ideas fundamentales irán á desaguar, como cuatro rios misteriosos, en el seno del cristianismo.

¡Cuánto ha tenido que andar el género humano por el desierto; cuánto ha tenido que consultar las ideas del espíritu y los astros del cielo; cuánto ha tenido que recogerse en sus meditaciones y que acerarse en sus dolores, para subir desde el fetiche grosero hasta el Dios invisible! Cuando se examinan las religiones primitivas, obsérvase en ellas la triste idea que el hombre tiene de sí mismo, al adorar tantos séres inferiores como dioses, y al desconocer la supremacía que le da su espíritu y la libertad de su espíritu sobre todas las fuerzas y todas las fatalidades de la materia. El perro, que guarda la casa: el cocodrilo, que castañetea los dientes en las orillas de los rios sagrados; el mono, que parece burlarse del hombre en sus ridículos gestos; el leopardo, ebrio de sangre; la serpiente, sobre todo, aquel reptil de brillantísimos colores, que muda sus pieles y permanece siendo la misma, como imagen de la eternidad, la cual se muda en el tiempo y queda idéntica á sí; todos estos séres inferiores al hombre elévanse en alas de nuestra ignorancia ó de nuestro terror á los altares y á los templos, representando las virtudes mágicas y las fuerzas secretas del desconocido y misterioso Universo. Pero hasta en el seno de estas religiones primitivas, el tiempo, ese ministro de

Dios, ese agente necesario en el desarrollo dialéctico de la idea, obra con natural poder y alcanza trasformaciones progresivas. No puede dudarse que todas las teogonías asiáticas, manifestacion primera de la idea religiosa en el mundo, han comenzado por la pluralidad de dioses; y no puede dudarse que estos dioses han sido en su sucesiva depuracion desde fetiches materiales y tangibles hasta símbolos ó representaciones de grandes ideas morales y metafísicas. En el seno de todas las religiones antiguas brotan tarde ó temprano reformadores que las espiritualizan. No conozco religion alguna en el Asia que no haya comenzado por un politeismo mas ó menos materialista y que no haya concluido por un reformador mas ó menos inspirado. La religion de los indios pasó de aquel olimpo, tan semejante al olimpo griego, donde vivian los dioses coronados por el íris en el inmenso éter, con la sonrisa de la felicidad en los labios, las copas rebosando el licor sagrado en las manos, y el reflejo de cielos invisibles en los ojos; aquella religion de la fantasía, iba diciendo, preludio de la religion helénica del arte, pasó del politeismo armonioso, y de la teocracia representada por los brahmanes, á una reforma representada por Buda y el budismo, que daba á los dogmas indios tendencias mas metafísicas y morales, verificando de esta suerte revolucion idéntica á la que verificara Zoroastro en la religion de la luz, Moisés en la religion del sér, Homero en la religion de la poesía y de la belleza. Cuando se examinan estos tiempos antiguos con detenimiento, se nota con asombro que el espíritu humano, á pesar de la rica variedad de ideas y de fenómenos que le da su libre albedrío, pasa en circunstancias análogas por las mismas fases, á causa de que emplea y desarrolla las mismas facultades. No se llega, no, á la idea moral de Buda; no se llega, no, á los mandamientos divinos de Moisés; no se llega, no, al código de Zoroastro; no se llega, no, á la divinizacion del hombre en Homero, sino despues de haber pasado la India por los Vedas; la Persia por los combates de Orz mud y de Ariman; la Grecia por los dioses kabires; Israel por la esclavitud y la idolatría de Egipto. Cuando se estudia el paso, por ejemplo, de la religion védica á la religion bramánica, se asiste como en espíritu al desarrollo anticipado de una de esas herejías ó de uno de esos cismas, que cambian así las ideas como las fases de las religiones históricas en nuestro tiempo y á nuestros